



EX LIBRIS

EX LIBRIS

Manuel Urtizberea

DON ATA

La voz de un continente

Prólogo de Roberto Chavero



A todos los pueblos sin voz.

*Mientras los nombremos y contemos sus historias,
nuestros muertos nunca mueren.*

–LUIS SEPÚLVEDA,
“Cena con poetas muertos”,
La lámpara de Aladino

PRÓLOGO

Don Ata es un libro necesario. Manuel Urtizberea emprende la tarea de narrar la biografía del “Tata”, afirmada en un preciso recorrido por su obra artística.

Mi Tata fue “pata suelta” desde muy jovencito. Además, no se subía a un caballo, a un tren o a cualquier otro medio de transporte con el afán de conseguir fama o reconocimiento. Lo hacía con el simple fin de conocer su tierra, su patria, que nunca tuvo fronteras. Por ello, hasta para nosotros, sus familiares, resulta imposible poseer datos precisos de cada una de sus travesías, de cada uno de los rincones en los que estuvo.

*Caminito del indio sembrao de piedras,
que junta el valle con las estrellas...*

Escrita a los dieciocho años, esta frase fue una temprana síntesis de toda su vida. Así lo entiende el autor de este estudio, pues en todo momento están presentes los ejes esenciales de la obra de Yupanqui: el camino, el silencio, el sufrimiento o la pena transmutada en canción o poema, el amor en todas sus vertientes: “Nunca le dije nada... Pero qué lindo” (*Recuerdos del Portezuelo*), “Qué lindo es verlo al verano, cuando los pastos maduran” (*Baguala de Amaicha*), “Vos que le diste changos a la Patria, cuánto te respeto yo” (*Chinita del campo*), “Oigo las voces del pueblo, que canta mejor que yo” (*Preguntitas sobre Dios*).

La tierra estuvo poblada de caminos para Yupanqui y sus vivencias se plasmaron en canciones, relatos y poemas. Y es allí donde se valora el arduo trabajo de Manuel Urtizberea: como un baqueano del campo reconoce la huella en el terreno, por difícil que este sea él encuentra esos rastros y es destacable cómo lo logra sin caer en temeridad ni en prejuicio a la hora de abordar cuestiones personales que Yupanqui mantenía en el ámbito de lo privado con una firme determinación.

Se notan el respeto y la admiración del autor, que no cae en la justificación o en el prejuicio sino que mantiene una línea objetiva que le permite apreciar al artista sin incurrir en la idolatría, cosa que Yupanqui hubiera detestado.

Don Ata es un libro que acompaña ese punto preciso que cultivaba Yupanqui con su arte, tanto en sus recitales y reportajes como al escribir sus letras, sus poemas y sus relatos.

Esta biografía ayuda a conocer al artista y al hombre en su justa dimensión y a comprender por qué, tantos años después de su muerte, su trayectoria artística sigue siendo referencia para muchos otros músicos y su obra crece en interés para los estudiosos y para los hombres sensibles del mundo.

—ROBERTO CHAVERO “EL KOLLA”
Enero de 2016

INTRODUCCIÓN

París, diciembre de 1973

El Théâtre de la Ville presenta varios conciertos de Atahualpa Yupanqui. Me quedo observando y escuchando a ese hombre solo en medio del escenario. Encorvado sobre su guitarra, la abraza, y son guitarra y artista un solo cuerpo.

Ternura y delicadeza. Fuerza y sobriedad. Voz sorda y luminosa. Toda la sala vive un momento excepcional de emoción compartida.

Ya hacía varios años que venía siguiendo a Atahualpa Yupanqui durante sus numerosos conciertos en París y escuchando sus grabaciones publicadas por la discográfica Le Chant du Monde. Un hombre auténtico que desprendía una gran nobleza, algo misteriosa. Enseguida sus canciones capturaron mi interés: una auténtica fusión entre letras de gran intensidad y una música pura, rica, conmovedora. Me hicieron sentir aquella tierra argentina y aquellos paisajes andinos y, sobre todo, conocer y acompañar a los pueblos que los habitan, tantas veces olvidados, siempre dignos, con una fuerza interior que les permite sobrevivir.

La grabación de algunas canciones de mi autoría junto al grupo de música andina Los Puneños y la oportunidad que se me presentó de encontrarme con él en un café parisiense fueron para mí determinantes. Era 1975. Sentía la necesidad de saber

su opinión sobre mis grabaciones ya que Yupanqui era –y sigue siéndolo– un modelo de calidad de creación, rigor, exigencia y talento. Muchos lo consideraban un purista respecto de la evolución de la música tradicional.

El amigo que le había confiado mi deseo de conocerlo me advirtió que podía ser una persona muy cerrada.

Cuando finalmente nos conocemos, me presento brevemente: profesor de español, muy interesado en los problemas que sufren los países de América, con el proyecto de organizar conciertos y encuentros en establecimientos escolares para acercar a los alumnos a la riqueza de esta música, verdadero lenguaje de estos pueblos y medio de conocerlos. Atahualpa me dice que mi apellido vasco le recuerda a su madre. Le confío mi admiración y le agradezco por todo, me dice que volvamos a encontrarnos, esta vez en su casa, y me propone que le deje la grabación.

Según lo convenido, unos días más tarde llamo muy emocionado a la puerta del número 125 de la calle Raymond-Losserand, en el distrito catorce de la capital. Don Atahualpa me presenta a su esposa, que viene pocas veces a París y, sentado en el salón del segundo piso, empieza a hablarme de la situación en América Latina. Critica a los revolucionarios intelectuales lamentando que el Barrio Latino y la Rive Gauche¹ muestren a menudo solo el rostro menos favorable de ese continente, y afirma la necesidad de una revolución de verdad: “Hay que luchar [...]. Tener el coraje de morir si es necesario. Yo ya he tenido mi cuenta de cárcel y miseria; está bien escribir un poema de vez en cuando, pero no basta... Yo ya soy demasiado viejo para seguir peleándome”.

Me confía su firme esperanza de una revolución en América Latina, a pesar de que es consciente de las dificultades y de la

1 Distritos parisinos de la orilla sur donde viven los intelectuales y estudiantes.

fuerza de las grandes potencias: “Estados Unidos tiene las armas y el dinero, lo que no tiene el pueblo”.

Lo escucho con suma atención, muy impresionado de verlo cara a cara, al lado de su mujer y sus guitarras. Insiste en lo que significa el pueblo, una fuerza viva siempre presente. Me habla de su hijo Roberto, que tiene 27 años –él ya tiene 67–: “Estoy muy orgulloso de él, estudia matemáticas, habla muy bien francés y posee un noble sentido de la democracia [...]. Mi hijo es fuerte como un vasco, como mi madre”.

Hablamos un poco de España, del País Vasco y del franquismo, evocando las consecuencias desastrosas de aquella guerra fratricida. Me dice que sus canciones y sus poemas nunca podrán resolver los problemas políticos. Desea estar junto al pueblo para ser su testigo.

¿Si puede regresar a Argentina? “No, por el momento no, estoy en una lista negra... Pero ya volveré, dentro de poco. Pero no quiero que me gane la nostalgia. Por suerte tengo mi guitarra, gracias a ella, vuelvo a ver a mis hermanos, mi paisaje... Sí, tengo muchas ganas de volver allá, de jugar con mis nietos, salir por la pampa a caballo, ¡esa es mi vida!”.

Se da vuelta y me muestra, en el rincón donde guarda sus discos, la grabación que yo le había dejado: “Aquí está el disco. Tiene mucha sensibilidad musical. Hay que seguir trabajando mucho más los textos y salir de la influencia de los grupos que están en el extranjero, Los Calchaquis, Los Incas, Los Chacos... El ritmo tiene que ser más lento, no hay que pensar ‘El público va a cansarse, vamos a acelerar el ritmo’, no, eso es desconocer lo que es el indio. La pieza puede durar diez minutos, que su ritmo será siempre el mismo: esa lentitud es su manera de pensar, caminar, hablar. No hay que temer esta sobriedad; la gente apreciará, los que sienten de verdad esta música. La otra noche me fui a escuchar a Uña Ramos. Anunció un yaraví. Me dije ‘¡Ah, un yaraví!’ –es el ritmo más lento, más profundo, añade

su esposa—, y al cabo de unos compases se volvió una mezcla de cuequita, bailecito, danzas de ritmo rápido... París lo ha podrido, él que debería sentir lo que hace, que viene de allá arriba, de la montaña”. Evoca, entonces, el aspecto destructor de las grandes ciudades, París, Buenos Aires. Son lugares en los que uno pierde el sentido de las raíces y los valores.

Llaman a la puerta, él se levanta. Oigo al fondo del pasillo que abre, responde: “No, gracias” y vuelve a sentarse. Su mujer comprende que eran los empleados del servicio de limpieza, que vienen por el aguinaldo. Se ríe y los alcanza en las escaleras. Atahualpa me invita a beber un vaso de vino. “Menos mal que mi mujer viene de Buenos Aires dos veces al año”.

Me confía que está escribiendo sus memorias y me habla de nuevo del sentido de la democracia del pueblo argentino: “El peronismo lo ha atontado, pero el sentimiento es el mismo”.

Se levanta, me obsequia un libro, *Atahualpa Yupanqui. Antología* de Ulyses Petit de Murat, y me lo dedica. Con muchísima amabilidad, me invita a venir a verlo cuando lo desee.

Estoy en la calle, impregnado de este hombre imponente y luminoso. Entro en el primer café y me pongo a anotar cuanto me ha confiado. Me sorprende que mi memoria, sumada a mi emoción, haya podido recordar lo esencial de este encuentro. Me vienen las frases casi palabra por palabra. Este hombre famoso en el mundo entero, en la cima de su arte, me ha recibido a mí, joven profesor que adopta esta música andina, lejos de mis raíces culturales y musicales, para crear un modo de expresión. ¿Habrás sentido que yo tenía el deseo de dar a esta música su verdadero valor, la preocupación de no adulterarla para ayudar a que se conozca mejor la vida de estos pueblos?

Lo cierto es que este encuentro me ha dado el gusto de la exigencia, y me ha guiado para presentar la música andina respetando lo mejor posible sus verdaderas raíces.

Sin saberlo, conocí a Pablo del Cerro, seudónimo de su esposa y colaboradora musical Paule Pepin Fitzpatrick, “Nenette”.

Al recordar me doy cuenta de que don Atahualpa me ha confiado los elementos fundamentales para conocerlo mejor y comprender su obra: el sentido de su compromiso y de su misión, el amor visceral a su tierra, inseparable de los pueblos que la habitan; su fidelidad y su rigor para preservar esta expresión privilegiada que son la música y la canción, su confianza para con el pueblo que porta los valores esenciales de la vida.

Cerro Colorado, enero de 2015

Al recorrer las tierras del noroeste argentino, siento la presencia casi material de don Ata contándome la historia de los hombres que viven vinculados a estos paisajes admirables:

*¡Carnaval quebradeño! Bajan los kollas
en un tropel de soles, coplas y espuelas.
Se ha roto un arcoiris en la Quebrada,
y ha teñido los ponchos y las arenas.*

[...]

*Maimará es un charango lleno de grillos,
y es azul la vidala de Purmamarca.*

*¡Carnaval quebradeño! Todos los cerros
son cráteres de mágicas policromías.
Llueven sobre Tilcara los seis colores
y retumban en Juella las alegrías.²*

² Aires indios.

Para mí, es como si los viera por segunda vez. Y mientras estoy contemplando la belleza de aquellas montañas y quebradas, oigo la voz de don Ata que me ayuda a penetrar en los misterios de la Pachamama. En cada mirada de los humahuaqueños, jujeños, salteños, la nobleza de estos seres de oscuro destino, humildes por fuera y con tanta riqueza por dentro.

Su presencia en Tucumán es aún más viva. Recuerdo que allí pasó tiempo “entre penas, desengaños, esperanzas y placer”, conoció la vida de los paisanos y se sintió “hermano, del derecho y del revés”. Al pasear por las calles de la capital, me pongo a hablar con la gente y les pregunto lo que representa Atahualpa Yupanqui. Para todos es la principal referencia de la música tradicional. Algunos tararean *Luna tucumana* y *Los ejes de mi carreta* sin saber quién es el autor... lo que deseaba don Ata. “Hasta que el pueblo las canta, / las coplas, coplas no son, / y cuando las canta el pueblo / ya nadie sabe el autor”, escribía el poeta español Manuel Machado.

La llegada a Cerro Colorado es emocionante. Nadie mejor que Roberto Chavero “El Kolla”, el hijo tan querido de Nenetete y don Ata, para acompañarme y guiarme hasta Agua Escondida, casa refugio a la que solo se llega andando o a caballo, a orillas del río Los Tártagos y al pie del cerro. Muchos amigos músicos están presentes alrededor del Kolla, todos le rinden homenaje a Atahualpa con sus historias, sus guitarras y sus canciones, porque todos le deben algo. Es un lugar casi sagrado que respira la presencia de don Ata, que desprende una energía misteriosa, la paz y la serenidad: lo imaginamos viviendo en el ranchito, ahora museo, con los dos seres a los que tanto ama, meditando, escribiendo, charlando con los amigos y tocando la guitarra; subiendo por la senda del silencio buscando sosiego e inspiración. Y bajo la sombra del roble descansa en paz.

Seguiremos nombrándolo y contando su historia para que nuestro difunto dormido nunca muera.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
----------------------	---

INTRODUCCIÓN

París, diciembre de 1973	11
Cerro Colorado, enero de 2015.....	15

CAPÍTULO 1

Como un cielo al revés	17
Hermana de mi sangre, para siempre.....	23
Una herida que nunca se cerrará.....	29

CAPÍTULO 2

Por el camino del indio y de Buenos Aires	35
Horizontes de piedra.....	40
Primer exilio.....	44

CAPÍTULO 3

Tucumán, tierra querida	51
El hombre de los caminos	56
El canto del viento	65

CAPÍTULO 4

El hombre del silencio.....	71
Pablo del Cerro	78

CAPÍTULO 5

Hermano kolla	83
El cantor debe ser libre pa' desarrollar su cencia.....	91

CAPÍTULO 6

Edith Piaf cantará para usted y para Atahualpa Yupanqui	99
Y aunque me quiten la vida o engrillen mi libertad.....	103
Hecha de miel y pesares y con espuma de lágrimas.....	109

CAPÍTULO 7

Del algarrobo al cerezo	117
Por un camino de España camina mi corazón	122

CAPÍTULO 8

Vive junto con el pueblo, no lo mires desde afuera.....	131
Una profunda sencillez.....	140

CAPÍTULO 9

Montrouge, el Cerro Colorado de París.....	149
La voz gastada de tanto adornar la pobreza para aliviar las penas.....	155

CAPÍTULO 10

Ya me voy, ya me despido	165
Don Ata, nunca muerto, sino dormido, como sus abuelos.....	169

AGRADECIMIENTOS	191
------------------------------	-----

FUENTES	193
----------------------	-----